

INFORMACION RELIGIOSA

PASTORAL DEL CARDENAL ENRIQUE Y TARANCON SOBRE «LA OPINION PUBLICA»

«El "calumnia que algo queda" se puede aplicar a cualquier información del orden que sea»

MADRID, 27. (Resumen de PA.)—«La Iglesia tiene el derecho y el deber de informar adecuadamente sobre su vida y actuación, sin mediatizaciones de intereses humanos, por legítimos que sean», afirma el cardenal Enrique y Tarancón, arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal Española, en una carta pastoral titulada «La opinión pública», con motivo de la próxima Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, en la que analiza las causas de la falta de información y el actual confucionismo sobre la Iglesia y destaca el lugar de la opinión pública con aplicaciones prácticas a la situación actual, diocesana y nacional.

«Lo que se entiende ordinariamente por opinión pública —afirma— no suele ser el re-

sultado de las opiniones de los hombres que constituyen una sociedad; de las opiniones que cada uno de ellos ha formado por su cuenta. Si existen en todas partes hombres de formación y personalidad suficientes para formar su propia y personal opinión sobre los acontecimientos de la vida y sobre los mismos problemas que se plantean en los distintos momentos históricos, existirá siempre una inmensa mayoría que se dejará influir decisivamente por factores y orientaciones externas, y todos, aun las personas mejor formadas, han de rendir su tributo —están también condicionadas por ellos— a esos factores, u orientaciones que les llegan de fuera.

El trato con otras personas de mayor personalidad, los hechos provocados por grupos ideológicos o de presión, las «campañas informativas» que realizan los distintos medios de comunicación social —hoy tan poderosos—, influyen en todos, aun en los que quieren mantener una actitud crítica ante ellos. El «calumnia, que algo queda» de nuestro refranero se puede aplicar a cualquier información del orden que sea. Lo que se ha leído en el periódico o se ha visto en la televisión, o se ha escuchado en una tertulia, deja siempre una huella en nosotros. Todas estas cosas van formando poco a poco la opinión común o la opinión pública, que tiene una fuerza incontrastable.

Es necesario que la Iglesia, sirviendo a la verdad, pueda informar y orientar a los hombres sobre sus problemas y actuaciones: es esta la primera finalidad que se propone la Jornada. Y es indispensable, además, que cuantos ejercen alguna influencia en la opinión pública, sientan la responsabilidad de su gestión y presten a los hombres las informaciones verdaderas y completas, para que éstos puedan formar una opinión recta sobre los acontecimientos y sobre la vida de las distintas sociedades.

Yo diría, pues, que en esta Jornada nos hemos de proponer un doble objetivo: darle a la Iglesia los medios necesarios para que su imagen aparezca nítida, como signo inteligible de salvación, ante todos los hombres: la Iglesia tiene el derecho y el deber de informar adecuadamente a todos sobre su vida y su actuación, sin mediatizaciones de intereses humanos, por legítimos que sean, y formar la conciencia de todos los que de alguna manera influyen en la orientación de la opinión pública para que sientan su gran responsabilidad moral; la importancia que tiene su labor para el desarrollo y perfeccionamiento de los hombres y de los pueblos.

La Iglesia necesita tener medios propios de comunica-

ción social. Porque es ella la que puede interpretar auténticamente muchas de sus actividades que pueden ser mal entendidas y la que debe procurar que todos entiendan perfectamente cómo se realiza su misión.

Hasta ahora apenas si hemos dado importancia a esos medios. Los hemos cultivado poco, al menos con criterios técnicos. Nos hemos guiado no pocas veces por la buena voluntad, sin darnos cuenta de que la información es un arte que exige técnica.

¿Podría conseguirse que la Iglesia tuviese en España un medio eficaz para que, al menos en circunstancias determinadas, se pudiese hacer la luz ante la opinión pública sobre problemas o hechos que aparecen oscuros, cuando no contradictorios, ante esa opinión?

Se dice, y en parte es verdad, que los medios de comunicación social son en España afectos al catolicismo. Que se puede contar con ellos para esos casos en los que la Iglesia creyese que debería hablar. Pero todos sabemos que a pesar de la buena intención de todos —de la cual yo no debo dudar—, tanto las noticias sobre la Iglesia española como las noticias que se publican sobre la vida de la Iglesia en otros países no tienen siempre aquella serenidad e independencia que debe tener la información de la misma Iglesia. Al menos sería conveniente que se formase la conciencia de los fieles en esta Jornada, para que los pocos medios de que disponemos actualmente pudiesen estar económicamente bien atendidos para potenciar su influencia social.

Muchas veces nos quejamos de la información —fragmentaria unas veces, tendenciosa otras— que se da sobre he-



Mons. Enrique y Tarancón

chos religiosos o sobre actividades eclesiales, y no siempre tenemos razón. Hay que confesarlo y también con toda humildad. Por un pudor mal entendido o por un miedo irracional queremos rodear de un clima de excesivo secreto algunas actividades o determinaciones eclesiales. Entonces se produce un vacío informativo, que cada cual trata de llenar a su manera. La falta de información —en casi todos los órdenes— se traduce prácticamente en una falsa o, al menos, parcial información, con lo cual se produce no pocas veces un mal mayor.

Es necesario, ciertamente, que los informadores sientan su propia responsabilidad. Y que no se dejen guiar —a veces sin darse cuenta— por apriorismos o tendencias que condicionan sus informaciones. Y quizá a todos nos convenga reflexionar en esta Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales sobre este problema, que en el aspecto religioso y eclesial tiene una gran importancia.

¿Qué duda cabe, por ejemplo, que una de las causas —quizá de las principales— del confucionismo que se ha producido en el mundo en esta época de la renovación posconciliar con respecto a la Iglesia es la falta de información auténtica, por una parte, y la información tendenciosa, por otra, que desconcierta fácilmente a las grandes masas?

Todos nos damos cuenta de que en el mundo moderno es indispensable la utilización de esos medios de comunicación social para orientar a los hombres. La Iglesia también los necesita para realizar eficazmente su misión.»